

nerador, escupiendo a los sayones de la injusticia y despreciando bajas pasiones de mezquinas recidivas, seguíamos, resueltamente decididos, el camino de una vida que sabíamos viviría al tiempo mismo que soñarla.

¿Se debilitaban las energías?... Un beso nos ofrecía la inagotable fuerza, nacida al calor de su pasión y... seguíamos el sendero de la lucha con mayores bríos.

¿Detenían la inspiración?... Otro beso de amor nos presentaba el hada misteriosa del sueño de su ilusión y... la marcha proseguía.

¿Grandes obstáculos oponíanse?... Nuevo beso imprimía nuevas potestades y la obstaculizadora circunstancia cedía a nuestro paso triunfal.

Y... siempre avanzando, caminando. Nunca se detuvo el paso. Jamás retrocedimos. El beso, «unión de dos almas», comunicación de nuestros dos seres, como atrevido campeón, vencía siempre en la batalla. Fué siempre el heraldo y ejecutor de nuestras victorias. Llegó a constituirse en supremo escote para el combate y en fiel guardador y hábil donador de vitales energías.

El embriagador encanto de dos bocas unidas en deleitante beso de ternura inefable y supremo arrobamiento embelesador y extasiador delirio de infinito placer, uniéndolo en fusión íntima dos en uno y elevándolo a las ignotas regiones de una alta ilusión su mácula, jamás pudo llegar al grado máximo que en nosotros alcanzaba cuando nos pedíamos ese auxilio seguro que siempre nos salvaba del imminente naufragio en la arriesgada navegación que con nuestro barco velero emprendíamos por el revuelto mar del humano oleaje, desafiando la borrascosa tormenta social, que amenazaba tragarnos en el torbellino de sus huracanadas pasiones.

Los que, habiendo sido compañeros de tripulación, durante el mar en calma, abandonaban sus remos, por miedo al furioso vendaval o porque al subir a la embarcación creyeron ahogarnos, merecían unos la compasión como impotentes y otros el desprecio como malvados. Fueron éstos muchos, casi... todos, pero no por ello se arrió la vela ni los remos se paralizaron. A cada judas que creía vendernos, a cada castrado que huía le seguía el oprobio de su propia culpa como estigma de su degradación. Entonces, un beso frenético aumentaba el caudal de nuestras fuerzas y vencíamos la oleada, avanzando en nuestra ruta.

¡Adelante!... ¡Siempre adelante!... Brilló en el lejano horizonte, como parpadeo estelar, el luminoso faro, que aumentó la esperanza, arribó la barca al puerto de segura salvación y pisamos la tierra firme de Acracia.

A lo lejos, se perdía el eco de lamentos que anunciaban la postrera convulsión de un mundo abyecto y depravado... ZOAIS Azuaga.

DE AUSTRALIA

Un partido del Trabajo en el poder

En Australia se han celebrado recientemente nuevas elecciones generales que han dado la victoria al Partido del Trabajo, que ha conquistado 39 asientos en el Parlamento, mientras los partidos liberal y conservador sólo constan de 35.

Conviene saber que el Partido del Trabajo australiano no es socialista en el sentido que damos a esta palabra en Europa. Sus orígenes no son remotos; apenas remontan al año 1892.

En aquel momento pesaba una terrible crisis financiera sobre Australia, que había obligado a los grandes capitalistas a reorganizar la producción manufacturera sobre bases más baratas y a romper la organización sindical, que se les presentaba como un obstáculo. Entonces los obreros recurrieron a la cédula electoral y se apoderaron del poder político.

Todo el mundo esperaba un cataclismo: los ricos y los aventureros triunfantes veían surgir teorías nuevas que no habían tenido tiempo de comprender, y consideraban como iguales los socialistas doctrinarios—poco numerosos en el país—y los jefes obreros de las Trade Unions y también los intelectuales que desde poco tiempo atrás seguían la evolución que se venía desarrollando en conformidad con el desarrollo de la gran industria. Hasta los mismos liberales eran calificadas por ellos de «comunistas».

En realidad, desde 1890, se habían producido en las masas vagas aspiraciones hacia un cambio concebido en sí mismos muy oscuro: era un deseo más que una doctrina, en que participaba el sentimiento revolucionario; no se pensaba destruir para reconstruir después; se contaba sobre una evolución muy lenta; era preciso ante todo emprender la tarea considerable de educar a los trabajadores.

Dominaba una gran quietud y el espanto de las gentes no conoció límites cuando se supo que dos obreros, Richard Seddon, de Nueva Zelanda y Charles Kinston, de Australia meridional, empuñaron las riendas del gobierno y se disponían a pasar al dominio de la realidad las reivindicaciones obreras.

resisten a la tentación de ponerle al servicio de sus intereses.

Antes, en Australia, las leyes eran hechas para los empleadores; ahora se hacen para los empleados, pero siempre en el cuadro del régimen económico moderno: sólo hay una contradicción.

Antes, los primeros gobernadores obligaban a los colonos de cada distrito a reunirse para fijar una tasa máxima de jornales y una duración mínima de jornadas de trabajo. Hoy ciertas categorías de industriales se ven obligados a aceptar las condiciones de trabajo fijadas por consejos especiales nombrados al efecto; antes los obreros no tenían derecho de declararse en huelga; la ley sobre conciliación y arbitraje obligatorio, votada primeramente en Nueva Zelanda e imitada después por otras colonias, tenía por objeto impedir las huelgas. Ahora el Estado no interviene únicamente, como antes, para imponer a los obreros la ejecución del contrato de trabajo, quiere también que los empleadores se sometan a las condiciones fijadas por sus representantes y por los de los obreros.

Antes, en 1851, los ganaderos pedían al gobierno que proclamara el estado de guerra para impedir a los pastores que abandonaran las reses para dedicarse a buscar oro. Hoy, los gobernantes australianos se esfuerzan en favorecer el descubrimiento del oro y de facilitar su explotación.

En el curso de esta crisis financiera, los gobiernos intervinieron en la gestión de los contratos celebrados con los particulares para ayudar a los banqueros a salir de apuros. Después, se han preocupado en ayudar a los colonos a tomar préstamos baratos.

Casi en todas partes el gobierno ha cedido a la solicitud de proteger los productos nacionales contra la concurrencia extranjera. Ahora los obreros le piden protección contra los trabajadores extranjeros, especialmente contra los chinos, lo que, evidentemente, es una medida muy poco socialista.

Antes, al principio de la colonización, estos mismos gobiernos hacían empréstitos para subvencionar la entrada de inmigrantes, que trataban de reclutar en Inglaterra, sin ocuparse de saber si esos inmigrantes constituirían una fuerza o un gravamen contra el país, porque querían ante todo complacer a los empleadores y a los propietarios deseosos de rebajar los salarios y de aumentar los alquileres. Hoy, tratan de impedir la inmigración asiática y polinesia.

En el fondo los australianos son individualistas. Las teorías socialistas son de importación europea y, según los sociólogos que han visitado el país, esas teorías no interesan al pueblo. Tal es la opinión del agitador inglés socialista Ben Tillet, que vivió en Australia algunos años. Igualmente opinaba M. André Siegfried y M. Albert Métin. Este último, también socialista, escribió a su regreso a Europa una obra muy interesante titulada *Un socialismo sin doctrina*.

¿Se han modificado después las opiniones de los obreros australianos? Precisamente en este momento, M. John Scudlon, ministro de la Australia occidental—cuyo territorio es 18 veces como la superficie de Inglaterra y del País de Gales—se halla en Londres, donde ha venido para tratar un arreglo financiero para su país. He aquí lo que ha declarado a un redactor del periódico socialista *Daily Citizen*:

«Se cree generalmente que nuestro partido trata de trastornar el orden social. Es un error. He aquí algunos puntos esenciales de nuestro programa:

- Reforma efectiva del Consejo ejecutivo—la segunda Cámara o el Senado—como dirigiéndose hacia su abolición.
-Tasa sobre los terrenos improductivos.
-Ref-erendum.
-Derecho al trabajo; obligación por el gobierno de suministrar trabajo a los obreros parados.
-Creación por el gobierno de depósitos de harinas.
-Nacionalización del comercio del alcohol.
-Jornada máxima de ocho horas.
-Impuesto progresivo sobre las rentas menores de 6.250 francos.
-Seguros nacionales sobre los accidentes, los incidentes y sobre la vida.
-Instrucción gratuita a todos los grados».

Hagamos constar que ya en la Australia occidental se han nacionalizado los ferrocarriles, los servicios de agua alimenticia y del correo, en la ciudad de Perth se ha comunalizado el servicio de los iraníes.

El Estado se ocupa también del transporte del ganado de las provincias del N. hacia el S., y al efecto dispone de tres grandes steamers. De ese modo ha roto el trust de la alimentación y ha rebajado el precio de la carne.

Como se ve, el socialismo australiano consiste en aumento de las atribuciones del Estado contra cuya doctrina se declaran la mayor parte de los modernos teóricos socialistas.

IGNOTUS (De L'Express)

Cómo acaba una huelga

La terminación de la huelga que sostentan los obreros tipógrafos de Barcelona no ha correspondido a la dignidad y entereza con que fué sostenida. Habíamos dicho que nos ocuparíamos de ella presentándola como modelo, pues en esta época de desorientación y confusiónismo habían emprendido el camino que la dignidad aconseja y la traición de

unos cuantos ha desbaratado las esperanzas concebidas.

Comenzó la huelga yendo a trabajar a las casas en que aceptaban las tarifas y entre éstas se hallaban las imprentas de los periódicos diarios, siendo su personal el primer favorecido por las ventajas obtenidas.

La huelga fué secundada desde su principio hasta por los obreros católicos (amarillos) y el entusiasmo y actividad eran la nota característica de ella. No se admitió ninguna clase de intermediarios y a pesar de ser 1.400 el número de huelguistas, al repartir entre ellos el poco metálico existente en la caja de la Sociedad, sólo la aceptaron 240 compañeros.

Como la lucha, debido a la intransigencia patronal, se prolongaba demasiado, se acordó darle más actividad y se proclamó la huelga general del oficio, incluyendo a los periódicos, y dispuestos a llevar la lucha hasta donde fuese preciso.

Cuatro periódicos diarios dejaron de publicarse en la edición de la mañana y otros iban a sumarse al movimiento, cuando en reunión privada celebrada por el personal del periódico *El Liberal*, acordaron, por sí y ante sí, volver al trabajo. Esta inculcable conducta arrastrando al personal de los demás periódicos fué una puñalada trapedada al personal en huelga, que, con la paralización de la prensa diaria, se preparaba a toda clase de sacrificios para conseguir el triunfo.

El personal de periódicos siempre ha sido refractario a las huelgas, pues olvidando que las mejores condiciones en que trabaja las debe al esfuerzo de los demás compañeros, no entiende otra cosa de solidaridad más que el desprendimiento de algunos céntimos semanales con los cuales no compensan los beneficios por ellos obtenidos.

La traición iniciada por el personal de *El Liberal* y secundada por otros periódicos, precisamente por los que, por ser callejeros, más importancia tenían por los efectos de la huelga, produjo el desaliento entre los compañeros que durante siete semanas tan dignamente se condujeron.

Si la traición de los obreros es vituperable en toda ocasión, lo es más en esta, en que desde el principio de la huelga consigieron ventajas sin luchar. Ventajas que suponemos les conservarían sus agradecidos amos, ya que alguna vez ha de ser la traición recompensada.

Y no aleguen los servidores de los intereses de la empresa razones que les disculpen. El Arte de Imprimir estaba dispuesto a apelar a todos los medios antes que considerarse derrotados, y estos medios había empezado a ponerlos en práctica al proclamar la huelga general del oficio. ¿Ignoraban esto?

Pues cuando esta era la situación del oficio la traición de los de *El Liberal*, que a espaldas de la Sociedad acuerdan volver al trabajo, arrastrando al personal de otros periódicos, produjo tal efecto que en reunión celebrada por la entidad se acordó volver al trabajo por 244 votos contra 259.

Al hacer resaltar la conducta de estos individuos hemos de hacer constar la del encargado, que, tal vez para conservar una plaza debida también a medios poco elevados, afirmaba que de haber tenido dos obreros que le ayudaran no hubiera dejado de publicarse la primera edición.

Conducta que contrasta notablemente con la observada por el personal de *El Progreso*! Ya pueden responder defendiéndose en los periódicos de sus amos. Nosotros dispoemos de la prensa obrera de todo el mundo, en la que nunca falta un rincón en la última columna de la última plana para colocar a los traidores de la causa obrera.

¡Ah! y de la Sociedad del Arte de Imprimir de Madrid se recibió, durante la huelga, una carta indigna de obreros y hasta de hombres, calificando a la de Barcelona de separatista, porque no cayó en el lazo de ingresar en la Federación y por tanto, en la Unión General de Trabajadores.

Contra la guerra

Con motivo de la celebración en la Casa del Pueblo del mitin contra la guerra, suspendido por orden gubernativa el pasado martes, las autoridades desplegaron un gran lujo de precauciones. A las ocho de la noche estaban en las calles todas las fuerzas de la guardia civil, seguridad y policía, mientras que las tropas se hallaban acuarteladas.

Las Ramblas, el Paralelo, las plazas de la Universidad y Cataluña y los alrededores de la Casa del Pueblo se hallaban ocupados militarmente. Parece, al menos por la forma en que procedieron, que estas fuerzas tenían la orden de obrar con verdadero rigor.

Públicamente ya se decía que, debido a la excitación de los ánimos contra la guerra, a la salida del mitin se harían manifestaciones que con la intervención de la fuerza pública se trocarían en graves alborotos.

A la hora anunciada, o sea las diez de la noche, dió comienzo el mitin en la sala de actos de la Casa del Pueblo, que se hallaba atestada de gente.

Presidía el diputado a Cortes don Emiliano Iglesias y asistió como representante de la autoridad el delegado de policía señor Gil.

Hicieron uso de la palabra los señores Babra, Casanovas, Pierre, Nin, Bertrán, Calderón Fonte, Guerra del Río y Emiliano Iglesias.

Todos los oradores combatieron rudamente la política africana y la guerra actual en Marruecos, tachando de antipatriotas a los políticos que con sus sueños locos arruinan la Hacienda es-

pañola y nos llevan a una guerra que no se sabe cómo ni cuándo acabará.

También protestaron de la conducta de la policía el pasado martes.

Los oradores eran interrumpidos frecuentemente a los gritos de ¡Abajo la guerra!

El señor Iglesias, después de resumir lo dicho y de repetir que se había de hacer guerra a la guerra por ser ésta la ruina de la nación, dijo a los concurrentes que invieran en cuenta que los alrededores del local se hallaban ocupados por la fuerza pública y que no imitaran la política del gobierno de ir a dar la batalla al enemigo en sus mismas posiciones.

Después de lanzarse atronadores gritos contra la guerra la gente comenzó a abandonar el local pacíficamente. A la puerta de la Casa del Pueblo y en los jardines iban formándose algunos grupos que discutían tranquilamente sobre las manifestaciones de los oradores. La fuerza pública, enfrente de la Casa del Pueblo, se mantenía a la expectativa.

Por la calle de Casanova descendía hacia la Granvía un grupo de radicales. Cuando éste se hallaba entre las calles del Consejo del Ciento y Diputación un estentóreo grito de ¡Abajo la guerra! atronó la calle.

Casi simultáneamente oyéronse varios toques de corneta y las fuerzas de seguridad de caballería y de a pie que ocupaban las esquinas de las citadas calles, más otras que se destacaron de las que había en la calle de Aragón, cargaron rudamente contra los manifestantes.

De ambas esquinas de la calle de la Diputación comenzó a hacerse por la fuerza pública un fuego granendo contra los manifestantes.

De la esquina de la calle de Aragón y del centro de la de Casanova también se disparaba continuamente.

La confusión en aquellos momentos fué enorme, indescriptible. La fuerza pública descargaba sus revólvers y se replegaba después hacia la esquina donde se guarecía, mientras volvía a cargar sus armas.

En aquellos instantes de confusión tres de nuestros compañeros, los señores Sandoval, Sansegundo y Costa Den, desaparecieron de nuestro lado. Batle y el que hace esta información nos arrimamos a la pared de una casa y allí permanecimos cinco minutos mortales que duró el tiroteo, mientras los proyectiles se cruzaban por delante de nosotros.

Cuando la calma restablecióse un poco abandonamos aquel lugar en dirección a la calle de Aragón; pero en ésta también se batían y hubimos de refugiarnos en un establecimiento de bebidas llamado El Progreso, que hay en la calle de Casanova.

Cinco minutos llevábamos en el establecimiento cuando un transeúnte llegó a nosotros y nos pidió que le ayudáramos a recoger dos heridos que nos dijo había en la esquina de la calle del Consejo de Ciento.

Ibamos a complacerle, pero de nuevo comenzó el tiroteo y hubimos de refugiarnos otra vez en el establecimiento, donde permanecimos. Cuando salimos a los heridos no estaban en aquel lugar. Era en éstos Antonio Moreto Aguiló, de 24 años, que presentaba varias heridas graves en la cabeza producidas sin duda a sablazos, y Martín Camacho, de 24 años, el cual había recibido una gravísima herida en la ingle. Ambos fueron auxiliados en el dispensario de la calle de Sepúlveda.

Terminadas las cargas y en dispersión los manifestantes, la policía comenzó a cazarlos con verdadero ardor. Por las calles de Urgel, Borrell y Viladomat fueron perseguidos y detenidos varios individuos. También en la plaza de la Universidad y en la calle de las Cortes se detuvo a varios, formando un total de veinticinco. Todos ellos desde la delegación de policía del distrito fueron conducidos amarrados al Juzgado de guardia.

El número de heridos durante los sucesos que hemos relatado no debe bajar de veinte o veinticinco; pero como resulta comprometido el irse a curar a un establecimiento oficial, los lesionados procuraron curarse en sus casas y ocultar sus heridas.

En el dispensario de la calle de Sepúlveda también fueron curados dos guardias de seguridad heridos el uno en la cabeza y el otro en un brazo.

(De El Diluvio)

Maremagnum

Administrativas A pesar de nuestros esfuerzos para que los paqueteros o compañeros que nos mandan cantidades, avisen para dar cuenta de su publicación, solo hemos conseguido una casi diaria reclamación, al no ver publicadas algunas cantidades por ellos mandadas.

Nuevamente rogamos a los que quieran evitarnos trabajo y molestias, se sirvan dar aviso de toda cantidad que se nos remita para saber quién y para qué las mandan, advirtiéndole que, para los efectos administrativos, es el nombre de quien recibe el paquete y no el de cualquier grupo o compañero el que ha de servir para nuestras cuentas.

A continuación va nota de giros recibidos y que no publicamos por las razones ya expuestas: P. Sánchez, de Jerez de la Frontera, 10 pesetas; D. Godoy, de Ubeda, 9; J. Villalobos, de Grazealema, 2; M. Giménez, de Córdoba, 7; T. Pérez, de La Carolina, 2; F. Ruiz, de Ubeda, uno de 17'50 y otro de 7; J. Egea, de Valencia, 12; R. Ruiz, de Linares, 7; J. Torres, de Aspe, 8 y B. Cordero, de Nerva, 4.

Si publicados los dos primeros números del próximo julio no hemos recibido aviso, destinaremos a paquetes, aquellas en cuya localidad hay paquetero, y de lo contrario, a donativos, sin que hagamos caso de cualquiera reclamación que se nos haga pasado este transcurso de tiempo.

La Sociedad de Albañiles «Los hijos del trabajo», de Sevilla, ha trasladado su domicilio social a la calle del Sol, número 87.

El compañero Antonio Moreno, Caridad Alarcón y José Torralvo, en Buenos Aires que desean saber la dirección de su hermano J. A., escriban a Manuel Riaño, calle Mediodía, 10, 3.º, 4.º, Barcelona.

El compañero Santiago Bello dice que no ha recibido carta del compañero A. P., de San Fernando, ni de P. O., de Montpellier, y que su nuevo domicilio es calle de San Lorenzo, 55, Santiago.

Todos los periódicos que envíen paquetes a Francisco España, de Benamocarra, suspenderán el envío, mandándole un ejemplar del último número con la cantidad que les adeuda, para efectuar el pago Acción Libertaria le enviará en lo sucesivo una suscripción.

Los camaradas que forman la «Biblioteca Internacional», de Coruña, han editado una postal, muy bien presentada, con el retrato del viejo y querido compañero Anselmo Lorenzo.

Dicha postal se expende a 10 céntimos una, con el descuento a los piqueteros, debiéndose hacer los pedidos a dicha biblioteca, calle Torre, número 42, Coruña.

Los compañeros de Barcelona que conozcan a Miguel D'Íon y Saturnino Hermida, procedentes de Buenos Aires, harán un buen servicio a la causa, acompañándolos a esta redacción de ocho a diez de la noche.

El compañero Antonio Locati, de Rosario de Santa Fe, participa a El Libertario que las cartas y circulares han llegado a su poder sin novedad. Dice que del dinero que dicho colega tiene en su poder destina 20 pesetas como donativo a Marcelino Suárez y 10 como donativo para el periódico.

- Avisos Regeneración enviará 40 ejemplares a Gregorio Mora Llanos, Valles: Cáceres Minas de Río Tinto (Huelva).
Acción Libertaria y El Litigio enviarán desde 1.º de julio medio paquete a Antonio Aizpuri (Tataya), en Elgoibar (Guipúzcoa).
Regeneración, de Méjico y Tierra! de la Habana, suspenderán, hasta nuevo aviso, el paquete que enviaban a Cárlos Martínez, de Elche.
El Porvenir del Obrero enviará, con cargo a nosotros, una suscripción a Sebastián Canaletta, calle Fiol (casa Selva), Barará (Tarragona).

Correspondencia

Table with 2 columns: Location and Amount. Includes entries for Logroño, La Reinaeta, Castejón, Benamocarra, Sanlúcar de Barrameda, Coruña, La Carlota, Marignane, Alger, San Felix de Codina, Igualada, Manzanares, Rio Tinto, Regeneración, Solidaridad Obrera, Méjico, Aznalcollar, Cerro Muriano, Alicante, Catorrajo, Serra de Olmos, Elche, Algeciras, Nerva, San Sebastián, Gatún, Baena, Reus, and Superávit para el número 167.